

EDITORIAL

A partir de este número, **URBANA** inicia una nueva etapa de su desarrollo en busca de un más alto nivel de calidad editorial, de rigor técnico y científico y de incidencia en el debate teórico (pero también en el político).

Para comenzar, a partir de ahora los artículos sometidos a la revista deberán antenerse a la normativa y a los mecanismos de selección que se especifican en esta misma edición. Con esto se persigue el doble objetivo de elevar la calidad de sus contenidos y despersonalizar las decisiones relativas a los trabajos a publicar.

A través de la creación de una Comisión Asesora —cuya integración esperamos dar a conocer en el próximo número— procuramos además estructurar una red de corresponsales en el interior del país y en el extranjero que contribuya a la difusión de la revista y a ampliar y diversificar la captación de colaboraciones.

El antiguo Comité de Redacción —ahora Consejo Editorial— ha sido reestructurado, poniendo el énfasis en la incorporación de investigadores y especialistas no pertenecientes al Instituto de Urbanismo. Igualmente, se ha procurado que la integración del Consejo refleje en lo posible distintas interpretaciones y formas de aproximación a la cuestión urbana y territorial.

En términos generales, la intención que ha guiado la creación de la Comisión Asesora y la reestructuración del antiguo Comité de Redacción ha sido la de garantizar que **URBANA** refleje tanto como pueda la diversidad de puntos de vista que hoy existen en la materia. No ciertamente buscando la cómoda neutralidad del eclecticismo sino, por lo contrario, procurando convertirla en lugar de la confrontación científica y de la polémica teórica. Una condición esencial, como todos estaremos de acuerdo, para la renovación del pensamiento en nuestro campo, exigencia que plantean compulsivamente tanto la creciente complejidad de los fenómenos territoriales como el progresivo deterioro de la calidad de la vida en nuestras ciudades.

Por razones que es casi innecesario explicar, en esta nueva etapa privilegiaremos las relaciones con el resto de la América Latina, lo que no significa descuidar nuestras ya tradicionales vinculaciones europeas y norteamericanas. Consideramos indispensables los dos tipos de relación, pero es forzoso reconocer que hasta ahora veníamos incurriendo en la muy venezolana costumbre de dar demasiado la espalda a nuestro propio continente.

La intención de elevar el nivel científico y técnico ya alcanzado por la revista no significa ignorar que la cuestión urbana tiene una alta carga política y una fuerte incidencia en la vida cotidiana de las sociedades que, por su dinamismo, difícilmente pueden reflejarse en el trabajo científico con la inmediatez que a veces los acontecimientos demandan. Esta tarea de analizar lo que pudiéramos llamar la cotidianidad urbanística la centraremos en el editorial que, a partir de éste, acompañará cada número y que, como norma, será responsabilidad del Director o de uno de los Directores Asociados.

Naturalmente, para lograr los objetivos mencionados es indispensable dotar a la revista de una infraestructura administrativa mínima. En este sentido debemos expresar nuestro agradecimiento al Sector de Estudios Urbanos de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central, que ha autorizado a la profesora Giulietta Fadda a dedicar una importante parte de su tiempo a las tan importantes como áridas tareas de coordinación editorial. En la medida en la que logremos ampliar nuestra autonomía financiera iremos fortaleciendo esa infraestructura, todavía muy deficitaria.

A través de algunos acuerdos institucionales en fase de perfeccionamiento procuramos, además, mejorar la difusión internacional de la revista, especialmente hacia la América Latina y los países latinos de Europa.

Todos estos esfuerzos tienen una motivación que consideramos útil explicitar ahora. Si en el pasado las cuestiones urbana y territorial fueron muy importantes en nuestro país y en el continente, hoy, en el contexto definido por la crisis, su relevancia se ha acrecentado notablemente. En el conjunto de los países latinoamericanos, pese a la tendencial declinación de las tasas demográficas, la población urbana crecerá en términos absolutos hasta el año 2000 aún más, incluso mucho más que en el pasado y, presumiblemente, afianzando las tendencias concentradoras. Pero ello ocurrirá en un marco en el cual, según todas las estimaciones, la capacidad de intervención autónoma del Estado se verá seriamente disminuida y los problemas del desempleo y el subempleo en las ciudades serán considerablemente más graves.

La magnitud del reto que se nos plantea en los años por venir es mejor percibida cuando se constata que los graves problemas urbanos y territoriales del presente se incubaron durante lo que —al menos para Venezuela y un importante conjunto de países del continente— fue un largo período de rápido y sostenido crecimiento económico. Si, como

todos coinciden en pronosticar, los próximos años se caracterizarán por una dinámica económica considerablemente disminuida, es inevitable concluir que ese aún mayor crecimiento urbano absoluto que se prospecta configurará uno de los más críticos nodos a resolver si es que aún aspiramos a lograr los objetivos del desarrollo de nuestras sociedades.

Al mismo tiempo, los magros resultados alcanzados en la práctica por las políticas territoriales durante los años del crecimiento evidencian las limitaciones de los postulados teóricos con los cuales hasta ahora hemos trabajado. De hecho, muchos de los supuestos que entre finales de los sesenta e inicios de los setenta convergieron para configurar lo que parecía ser un sólido y convincente paradigma explicativo de los fenómenos de urbanización en América Latina, vienen siendo sometidos a un cuestionamiento sistemático desde hace varios años, destacando, entre otras causas, su escasa correspondencia con los datos de la realidad.

Pero a la crisis del paradigma teórico se acompaña también la crisis —universalmente reconocida— del paradigma de la planificación o, si se prefiere, de las posibilidades de intervenir conscientemente la dinámica de la realidad concreta. En nuestra edición anterior comentamos extensamente un ensayo de Ernest R. Alexander sobre el tema, lo que nos exime ahora de abundar en el asunto. Señalaremos solamente nuestro acuerdo con ese autor en cuanto a que hoy nos encontramos en una situación preparadigmática, es decir, caracterizada por la crisis del paradigma “tradicional” y la ausencia de otro alternativo, predominando, en cambio, la presencia de un conjunto de intentos de respuesta competitivos y mutuamente excluyentes.

Es posible afirmar que, en gran medida, esta última situación está asociada y hasta cierto punto supeditada a la crisis del paradigma relativo a la explicación misma del fenómeno de urbanización. Será fácil estar de acuerdo en cuanto a que, en ausencia de una adecuada teoría de esa realidad específica, resulta vano aspirar a una teoría de cómo intervenir en ella, por lo que consideramos que el énfasis debe ser puesto sobre la primera cuestión.

La situación en el campo de la teoría urbana —acerca de cuya relevancia para una acción práctica más adecuada e incisiva es innecesario insistir— exige hoy más que nunca de una discusión muy amplia y libre de toda prevención ideológica, donde puedan confrontarse todos los intentos de respuesta que pugnan por configurar el nuevo paradigma. Muchas razones nos conducen a pensar que **URBANA** se encuentra en una situación particularmente favorable para cumplir un destacado rol como

sede de ese debate, no sólo en el ámbito nacional sino también en el latinoamericano.

Ratificamos entonces nuestra convicción en cuanto a que, especialmente en la circunstancia actual, la confrontación polémica de los más diversos planteamientos y experiencias debe jugar un papel central en el urgente esfuerzo de renovación del pensamiento y la práctica en materia urbana y territorial. Un debate en el cual la única restricción aceptable es la relativa a la exigencia de rigor en el análisis que deriva del mismo grado de complejidad y de la magnitud de los retos actuales. Y es precisamente en esta dirección que se orientará nuestra política editorial.

Pero nada de lo que nos proponemos podrá tener éxito si no contamos con el apoyo de nuestros lectores, a través del mantenimiento regular de sus suscripciones a la revista, con sus sugerencias y con el envío de artículos dentro de las normas establecidas por el Consejo Editorial. Por nuestra parte nos comprometemos a corresponder a ese apoyo no sólo con la calidad y actualidad de nuestra publicación sino también con la regularidad de su aparición semestral.

No podemos cerrar este editorial sin expresar nuestro agradecimiento a quienes, hasta el número anterior, integraron el Comité de Redacción. Si la revista logró alcanzar su actual nivel de calidad y puede ahora dar con seguridad el nuevo paso que ensayamos, los méritos deben ser atribuidos a ellos, que cumplieron con la difícil tarea de sentar las bases de lo que hoy podemos considerar un pequeño pero sólido edificio.